

EL PRIMER ALMIRANTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA HIJO DE UN MENORQUÍN

Conferencia pronunciada en el Instituto de Investigaciones Científicas, por DON MANUEL CENCILLO DE PINEDA.

Discurso de presentación del conferenciante,
por el Excmo. Sr. Don Ciriaco Pérez Bustamante.

Excmos. e Ilmos. Señores, Señoras y Señores:

Me cabe, en la tarde de hoy, el honor de presentaros a una figura ilustre de nuestras finanzas, de nuestra vida marítima y de nuestros estudios históricos, D. Manuel Cencillo de Pineda, que ha logrado cumplir el precepto evangélico de «dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César». Don Manuel Cencillo de Pineda tiene un profundo sentir por todos los problemas espirituales de nuestros tiempos y por el cultivo de los estudios históricos; por ello, a mí, a nosotros, los de este Cuadro Universitario, nos llega pro-

fundamente al alma su proceder, ya que representa un gran servicio para el porvenir de nuestra juventud, por su manera de actuar, por sus medios de investigación, es decir, por todo aquello que, en el fondo, se refiere a las buenas relaciones futuras de la Patria.

No voy a hacer aquí un esbozo biográfico de Don Manuel Cencillo de Pineda, que es figura conocidísima en todos nuestros altos medios sociales, económicos y financieros, me lo ha pedido, y, además, no me lo permitiría su modestia. Por consiguiente, voy a complacerle.

Ilustre Abogado, salmantino esclarecido, con una preparación jurídica extraordinaria y una preparación científica realmente relevante.

Entre las obras que yo le conozco hay algunas de ellas, como por ejemplo: «Ensayos jurídicos» publicada, hace un año, en el Anuario de Derecho Civil acerca de la rehabilitación de los títulos nobiliarios que es realmente extraordinaria.

Por su profunda preparación jurídica, por su manera ingente y su erudición en todos los textos legales de nuestra historia jurídica, desde las Partidas a las Leyes de Toro, a las disposiciones de las Cortes de 1820 y a todas las disposiciones legislativas que se dieron en el siglo XIX hasta culminar en las disposiciones del año pasado de 1948, están perfectamente estudiadas y analizadas por D. Manuel Cencillo de Pineda; y a todo esto une un profundo conocimiento de los comentaristas de nuestro Código, Molina, Ciales, Antonio Gómez, Sánchez Román, y de los comentaristas de temas concretos como el Conde de Vallengano, como Barriobero y Armas, por todo ello la suya es realmente relevante y de un éxito extraordinario.

Otra obra que le ha proporcionado justa fama es la biografía del Conde de Argelejo, una biografía perfectamen-

te documentada, en la que hace una historia, brillantemente escrita, de toda nuestra actuación en el Golfo de Guinea, pasando revista a todos los acontecimientos principales del siglo XVIII que precedieron y prepararon esta expedición; de todos los problemas de la rivalidad hispano-portuguesa-americana, de todos los incidentes que dieron lugar al acuerdo de San Ildefonso en 1877 y al Tratado de El Pardo de 1878, y, después, a la actuación del Conde de Argelejo en su viaje desde Montevideo a Fernando Poo y Annobon, y a los hechos acaecidos en su trágica muerte, como consecuencia del mal clima, de la malaria, y de las adversidades e incidentes por los que tuvo que pasar hasta tomar posesión de estos territorios del Golfo de Guinea, que son, como perfectamente sabéis, los últimos restos de nuestro Imperio Colonial. Todo esto -repito- con abundancia de documentación y con una técnica de historiador profundo y con una visión tan clara que hace que esa biografía del Conde de Argelejo sea un trabajo histórico de relevante importancia, que deben conocer todos aquellos a quienes interese el problema colonial del actual periodo histórico del Golfo de Guinea, como dice muy bien el prologuista en unas admirables líneas que preceden a la obra.

En todos los trabajos que tiene en preparación, D. Manuel Cencillo de Pineda está perfectamente documentado; y entre los cuales cito uno como realmente notable, que se refiere a los problemas que se plantearon en el siglo XVIII con motivo de la ocupación de la isla de Menorca, que quedó en poder de los ingleses como consecuencia de la guerra de Sucesión, problema este que acució a los gobiernos españoles del siglo XVIII, hasta que la isla volvió a nuestro poder, todo lo cual está perfectamente estudiado y definido en este libro que prepara y que tiene ya muy adelantado Don Manuel Cencillo de Pineda.

Otro trabajo, como por ejemplo, el relativo a los «Restos de Colón», es un tema de actualidad palpitante, que tiene en telar D. Manuel Cencillo.

Y para terminar, nos va a ofrecer esta tarde una conferencia de alto interés porque se refiere a la insigne personalidad del Primer Almirante de los Estados Unidos de América, David G. Ferragut, que era hijo de un menorquín, y que dadas las relaciones amistosas entre los EE. UU. y España y dada también la importancia que en la vida presente y futura del mundo tiene este país, es interesante recordarlo para que estos lazos de afecto nos unan más en este periodo histórico relativamente reciente.

Por todo ello y por la colaboración que nos presta, le doy las gracias más expresivas, así como también por el honor con que nos colma al ocupar esta tribuna, con la caballerosidad y gentileza con que él se ha dignado acceder a esta pretensión nuestra de pasar a la tribuna del Consejo de Investigaciones Científicas.

CONFERENCIA

Excmo. Señor; Señoras y señores:

Agradezco muy sinceramente al ilustre historiador y catedrático Don Ciriaco Pérez Bustamante, Rector Magnífico de la Universidad de Santander, las amables frases con que ha hecho mi presentación; y le agradezco también que con su invitación, que me honra mucho, me haya permitido subir a esta tribuna del Instituto Fernández de Oviedo, magnífica atalaya de la Hispanidad, que tiene por base lo que es eterno en las relaciones de España y las naciones Hispano-Americanas, esto es, su gloriosa y común historia.

Pero ahora no voy a ocuparme de temas hispano-americanos, siempre tan atractivos y emotivos, sino que voy a intentar evocar la vida de un personaje de sangre española, injerto en el mundo anglo-americano, en el que logró la más envidiable celebridad. Me refiero al Primer Almirante de los Estados Unidos David G. Ferragut.

Julio de Atienza, en su «Nobiliario Español», dice que el apellido Ferragut es de origen catalán, extendido por Valencia y Baleares; y Joaquín M.^a Bover, que en 1848 publicó el «Nobiliario Mallorquín», puntualiza que Pedro Ferragut, natural de Jaca, acompañó a Don Jaime I de Aragón en las conquistas de Mallorca y Valencia, y cita varios individuos de este apellido que a partir del siglo XV desempeñaron car-

gos de «consellers» y de «jurados» del Reino de Mallorca, distinguiéndose otros por sus virtudes religiosas o castrenses y también por su sabiduría.

El historiador menorquín Oleo Quadrado, afirmó en 1867, que la familia Ferragut, Ferregut o Farragut se asentó en Menorca hacia el siglo XV, aduciendo la existencia de un predio, en el término municipal de Mercadal, que lleva ese nombre desde tiempo inmemorial, así como el hecho de figurar en la relación de los 3.452, cautivos que se llevaron los turcos al asaltar, saquear e incendiar Ciudadela, en julio de 1558, un Miguel Ferragut, Pbro., y un Antonio Ferragut con su familia, constando que fueron rescatados éste y su hijo Constantino que volvieron a Menorca.

Pero la ascendencia del Primer Almirante de los Estados Unidos, aunque su padre viera la luz en Ciudadela, tiene raíz mallorquina, por línea de varón, puesto que su abuelo, Antonio Ferragut, había nacido en Sineu, así como sus bisabuelos Jorge Ferragut y Ursula Guitart.

La prueba la hallamos en el libro de matrimonios de la Iglesia Parroquial de Ciudadela, hoy Catedral, donde está inserta con el n.º 10 la partida que lleva fecha 7 de febrero de 1750, relativa al casamiento de Antonio Ferragut, soltero, hijo de Jorge Ferragut y de Ursula Guitart, *todos naturales de Sineu*, Mallorca, con Juana Mesquida, doncella, hija de Juan Mezquida y de Juana Bagur, feligreses de Ciudadela. Y en el libro «Registro de tallas» denominado «Des nous casats», que se custodia en el Ayuntamiento de dicha ciudad, aparece a los folios 51 y 57 la anotación: «Antonio Ferragut, marinero, casó con Juana Mesquida y pagó por dote, en 1750, diez sueldos, y en 1753, por lo mismo siete sueldos y medio».

¿Qué movió a Antonio Ferragut, mallorquín, a dejar su isla y establecerse en Menorca, entonces bajo el dominio Inglés? La anotación matrimonial nos dice que era marinero

de profesión, constituyendo este dato un elocuente indicio para suponer que haría ese desplazamiento atraído por las magníficas perspectivas que entonces ofrecía el incremento que tomó la marina menorquina durante la Guerra de los Siete Años (1739-1748), en que se armaron en corso numerosos barcos, con resultados lucrativos, tripulados en gran parte por gentes llegadas de diferentes países, principalmente genoveses, napolitanos, raguseos y griegos, muchos de los cuales, -según afirma el historiador Riudavets-, se quedaron definitivamente en la isla, como el Capitán griego Jorge Ladico, cuyos descendientes figuran entre los actuales menorquines.

Es probable que el marinero Antonio Ferragut lograra cierta consideración social por cuanto actuaron como testigos de su boda, según la precitada partida, los Magníficos señores Don Gabriel Martorrell, Bayle general de la isla, y Don Bernardo Olives, Jurado Militar.

En 1755, cinco años después, nació de ese matrimonio un niño, cuya partida de bautismo, inscrita en el correspondiente libro Parroquial, dice en el dialecto de la isla: «Núm. 155.—El 30 de septiembre de 1755 he bautizado yo el Dr. Bartolomé Taltavull, Pbro. y Vicario, un niño hijo de Antonio Ferragut y de su mujer Juana Mesquida. Fueron padrinos el Magnífico Don José de Vigo y la noble Señora Doña Juana Martorrell; el nombre del niño, Jorge, Antonio, Magín; nació el 29 de dicho mes».

¿Fue este el único hijo del matrimonio, o tuvo hermanos nacidos en fecha anterior o posterior? Lo desconocemos. También ignoramos si el matrimonio continuó residiendo en Ciudadela.

El concienzudo investigador Oleo Quadrado decía en 1867, a este respecto, que contra la creencia de algunos de que Jorge Ferragut había marchado a América en compañía

de sus padres, resultaba que, a pesar de las reiteradas diligencias que había realizado para descubrirlo, no había podido traslucir nada que lo corroborase.

Lo probable es, como asegura la revista «Spain», que se publicaba en Nueva York, en un artículo aparecido en el número correspondiente al mes de abril de 1932, que emigrase solamente el hijo Jorge. Para afirmarlo dice que en una hoja en blanco de un ejemplar de la Biblia que posee la familia Ferragut, se lee escrito con enérgica y clara letra, «hijo mío: Tu padre, Jorge Ferragut, nació en la isla de Menorca, en el Mediterráneo, en 1755, el día 29 de septiembre, en Ciudadela, y abandonó la isla el 2 de abril de 1772. Llegó a América en marzo de 1776. Tu madre, Elizabeth Shine nació en North Carolina, cerca de Kinston, sobre el río Neuse, en 1765, el 7 de Junio. Hija de Jonh Shine y de Ellenor Mc Iven». Añade el articulista: «Jorge Ferragut, padre del Almirante, fué enviado a la escuela de Barcelona, pero animado de espíritu aventurero emigró a América. Inmediatamente se situó junto a los colonizadores y les ayudó desinteresadamente en la lucha por su independencia, así como también en la guerra de 1812. Se dice que salvó la vida del Coronel Washington en la batalla de Cowpens. Su nombre aparece por primera vez oficialmente en el «Diario de la Cámara de los Representantes de los Estados Unidos el año 1797».

¿Fijada de esa manera la fecha de salida de Menorca del joven Ferragut, que a la sazón tenía 17 años de edad, permaneció estudiando en Barcelona hasta su partida para América, a donde llegó según se atribuye al interesado, el año 1776? ¿O debe presumirse que antes hizo escala en la Florida, atraído por la noticia de que allí residía una colonia menorquina, pasando en 1776 a los territorios británicos del Norte, donde los colonos, después de un periodo de agitación y revuelta contra la metrópoli, acababan de aprobar el

4 de Julio la declaración de independencia redactada por Thomas Jefferson?

Es verosímil esto último porque la excitación, el entusiasmo y la pasión en que vivían las Colonias inglesas de Norteamérica a partir de 1763, es probable que penetrase en los países vecinos, la Luisiana y la Florida, enardeciendo los ánimos de los exaltados hasta inclinarlos a participar en la lucha que se avecinaba.

Suponemos que el joven Jorge Ferragut, al llegar a América y escuchar el rumor de que se exteriorizaba la oposición entre los colonos británicos y la metrópoli, que dió lugar a la revolución que Theodor Roosevelt ha calificado como «revuelta del espíritu de América contra el espíritu de la Gran Bretaña, mejor que contra una ley o una serie de leyes determinadas», no es extraño que se caldease su sangre española y quisiera ser un soldado más en la lucha de aquellos colonos por su independencia.

Terminada la guerra, después de siete años de continuo batallar, guerra que fué conducida enérgicamente por el genio militar de Washington, contra una Inglaterra hostigada, además, por Francia, España y Holanda, que la obligaron a combatir en diferentes puntos, los Estados Unidos consiguieron su independencia por la paz firmada el 3 de septiembre de 1783.

Jorge Ferragut tenía entonces 28 años de edad y la graduación de Comandante, prueba inequívoca de su comportamiento valeroso. Se retiró del Ejército, pero su espíritu inquieto, aventurero y bravo, le impulsó a contribuir con sus energías incansables a la gran tarea de engrandecer su país de adopción en la llamada «conquista del Oeste».

Los Estados Unidos de 1783 no eran la gigantesca nación de hoy, con sus 7.839.000 kms. cuadrados y su población de 130 millones de habitantes repartidos en 49 estados.

Los 13 Estados primitivos, formados a lo largo de las costas del Atlántico, desde las rocosas de Nueva Inglaterra hasta los arrozales de Georgia y al Oeste los Allheganys, sumaban 846.000 kms. cuadrados con una población que se acercaba a los 4 millones de habitantes, de los cuales 700.000 eran esclavos negros. Más al Oeste estaba presente España, descubridora y colonizadora de América, que desde 1763, por cesión de Francia, poseía la Luisiana formada entonces por la gran región encuadrada entre el Misisipí, las Montañas Rocosas, el Golfo de México y la frontera meridional de la América inglesa, sobre cuyo vasto territorio, vendido por Napoleón a la Unión en 1803, una vez recuperado por Francia en 1801, se fueron creando sucesivamente once Estados de la Unión y parte de otros dos. Y al Sur volvía a estar España, que después del paréntesis de 1763 a 1783, en que estuvo en poder de Inglaterra, había recobrado la Florida, que entonces comprendía también parte de los Estados de Alabama y Misisipí.

La conquista del Oeste constituye una fase tenaz y heroica de la expansión norteamericana, realizada por las crecientes oleadas inmigratorias que, avanzando hacia el Misisipí y empujando a los «pieles rojas», se extendieron por los valles del Ohio, del Tennessee y del Cumberland. Pues bien, en el Tennessee, avanzada de la nueva nación, se estableció Jorge Ferragut, emprendiendo la ruda y arriesgada vida del colonizador, siendo uno más en la tarea de rescatar aquellos territorios para la civilización, salpicándolos de poblados que andando el tiempo se convertirían en villas y ciudades, para acabar formando nuevos Estados que se reflejarían en una estrella más colocada en el recuadro azul de la bandera roja y blanca de la Unión.

Después de 15 años de esta vida áspera, que confirma el recio temple de alma y cuerpo de tan esforzado menorquín, Jorge Ferragut, que había remontado la edad de 40 años fun-

dó un hogar, eligiendo para esposa a la Srta. Elizabeth Shine, descendiente de una distinguida familia de Escocia establecida en el vecino Estado de Carolina del Norte, fijando su residencia en Knoxville, Estado de Tennessee, de cuyo matrimonio nació quien andando el tiempo había de distinguirse tanto en la defensa y afianzamiento de la Unión.

Este hijo, llamado David, nació el 5 de julio de 1801, y apenas remontada la infancia, a los 10 años de edad, obediente sin duda a la herencia que llevaba en su sangre de muchas generaciones de navegantes mallorquines, ingresó como cadete en la Armada norteamericana embarcando en el puerto de Nueva Orleans en la fragata «Essex», mandada por el célebre Capitán Porter, que le tomó bajo su protección, no ciertamente para allanarle su carrera, sino con el designio de someterle a duras pruebas que le permitieran llegar a ser un perfecto oficial de marina.

Las circunstancias favorecieron el propósito, pues a poco sobrevino la nueva guerra con Inglaterra de 1812, motivada por las medidas adoptadas por ésta en su lucha con Francia, para hacer efectivo el bloqueo de las costas de Europa, que perjudicaban el comercio norteamericano, colocando a sus buques en el trance de ser apresados.

Los Estados Unidos no estaban preparados para la guerra, ni la querían; pero los encuentros sangrientos entre buques de una y otra nación en el año 1811, produjeron la natural indignación, y el Presidente Madison, con el voto favorable de las Cámaras, no tuvo más remedio que declarar la guerra a Inglaterra el 19 de junio de 1812.

No vamos a reseñar la lucha, concretándonos a referir el audaz episodio de la fragata «Essex», con el cadete Ferragut a bordo.

El Capitán Porter, temerario hasta la exageración, se hizo a la vela en octubre de 1812, y una vez cumplida la mi-

sión que se le confirió, se impuso la de navegar a lo largo de las costas sudamericanas y atacar al comercio inglés. En su correría batió y capturó numerosos buques enemigos, enviando algunos a su país, desmantelando otros y convirtiendo los demás en cruceros de guerra, constituyendo así una flotilla a cuyo frente iba la fragata «Essex», que se hizo temible por sus golpes de audacia. Tan repetidas proezas decidieron a la Gran Bretaña a terminarlas, para lo cual destinó la fragata «Phefa», de 52 cañones, y la corbeta «Querube», de 28, que emprendieron la persecución de la fragata enemiga, a la que finalmente dieron alcance en enero de 1814 en el puerto de Valparaíso. El heroico Porter, lejos de amilanarse, trató por todos los medios de separar a los dos buques enemigos para combatirlos aisladamente, y al no conseguirlo después de varias semanas de tanteos, levó anclas, dejó el puerto, y se aprestó a una lucha desigual, empeñándose un combate porfiado y sangriento, que duró hasta que, desmontadas todas las piezas del «Essex» y con grandes averías causadas por los proyectiles y por la explosión de su Santa Bárbara, hubo de arriar su hasta entonces invicta bandera y rendirse. Había perdido 152 hombres, no quedándole más que 75 contando los Oficiales y los heridos, entre éstos el cadete Ferragut, que en toda la gesta había demostrado excelente presencia de ánimo y varonil bravura. Los ingleses concedieron la libertad a los prisioneros, y de esta manera Porter y Ferragut volvieron a su patria, que firmó la paz con Inglaterra el 24 de diciembre de 1814.

Fiel a su carrera de Marino, el cadete Ferragut se va formando en ella, ampliando estudios y realizando servicios, unas veces embarcado y otras en tierra, alcanzando el grado de teniente en 1825, y los ascensos sucesivos en el transcurso de los años hasta lograr la categoría de Comodoro en enero de 1860.

Teniendo esta graduación, y con cincuenta años de continuos servicios, estalla la guerra civil, en la que su actuación había de darle fama imperecedera.

La guerra de Secesión, que cubrió al país de luto y de ruinas, en los cinco años de encarnizado batallar, fué un cruento sacrificio hecho por salvar la nación.

En ella no se solventaba sólo la cuestión de la esclavitud sino que tenía más hondas raíces, porque planteaba el problema de excepcional importancia de definir el derecho de los Estados dentro de la Unión.

Un primer chispazo se había producido en 1832, al negarse Carolina del Sur a aplicar el nuevo arancel, con la amenaza de separarse de la Unión si se la obligaba. El Presidente Jackson respondió que no admitía resistencia a las leyes y llamó a las armas a 10.000 voluntarios.

Veintiocho años después en 1860, tan pronto como fué elegido Presidente el ante-esclavista Abraham Lincoln, la Convención del Estado de Carolina del Sur llevó a la realidad su anterior amenaza, declarando nula y sin ningún valor ni efecto la unión hasta entonces existente entre ese Estado y los restantes.

Esta actitud de independencia, mantenida irrevocablemente, dividió el país y produjo la guerra civil. De los 15 Estados esclavistas, solamente 10 se adhirieron a Carolina del Sur, reuniendo una población de 8.700.000 habitantes. Se pronunciaron por la Unión 22 Estados con 22.700.000 habitantes. No obstante esta enorme desproporción que beneficiaba a la Unión, los Sudistas o Confederados disfrutaban de la ventaja geográfica de su extenso litoral, con numerosos e importantes puertos útiles, para las exportaciones de algodón, que les producían grandes riquezas empleadas en la adquisición de elementos de guerra.

Era necesario impedir ese comercio y el Gobierno de la Unión decretó el 11 de abril de 1861 el bloqueo de aquel litoral de 3.549 millas, con cerca de 200 puertos, para lo que se requería una Marina de guerra numerosa, que había que crear, ya que solamente contaba con 90 buques y 7.600 marinos. A tal efecto, Lincoln contrató con James B. Edas la construcción de una flota y en 100 días tuvo listo ocho cañoneros de vapor con casco de hierro, y al terminar la guerra se habían construido más de 200 buques y comprado otros 400, con 51.500 marinos adiestrados.

Para cumplir esa importante misión, fué designado el más experimentado de los Jefes norteamericanos, el Comodoro Ferragut que, además, acababa de dar la mayor prueba de adhesión y lealtad a la causa que iba a defender.

En efecto, Ferragut pertenecía al Sur, donde tenía su hogar y su familia, y al estallar el conflicto se encontraba en Norfolt (Virginia), donde los Sudistas le hicieron las más tentadoras ofertas si abrazaba su partido, que rechazó diciendo que «nunca levantaría el brazo contra su bandera», siendo invitado a salir del país. Una vez en Washington fué nombrado Jefe de la Escuadra de bloqueo, y tan extraordinarios fueron sus servicios, que en 1864 los Sudistas solamente contaban con dos puertos de refugio para sus navíos: Wilmington y Mobila.

Ni seguiremos la guerra por tierra, enormemente mortífera, ni tampoco las campañas marítimas, pues sólo nos interesa destacar, para realzar la figura de Ferragut, sus dos grandes y resonantes victorias, debidas a su singular pericia, veteranía y bravura, que, por lo demás, son jalones decisivos para el final de la lucha: las conquistas de las plazas fuertes de Nueva Orleans y de Mobila.

Nueva Orleans, la ciudad más populosa del Sur, situada a cien millas de la desembocadura del Misisipí, estaba

defendida por los poderosos fuertes de San Felipe y de Jackson y por una flota de guerra. El Comodoro Ferragut planeó la operación y se puso en movimiento el 18 de abril de 1862 al frente de una escuadra de 47 unidades, con 310 cañones de grueso calibre. Formó dos divisiones encargadas de atacar cada uno de los fuertes. Comenzó el ataque con un nutrido e incesante bombardeo que duró varios días, y el 24 dió la orden de avance general, aprovechando la oscuridad de la noche, entablándose un encarnizado combate, al cabo del cual la escuadra de Ferragut, que como de costumbre había estado en los lugares de más peligro, logró forzar la entrada del río, quedando indefensa la ciudad, que fué abandonada por el enemigo. La victoria le costó diez buques perdidos y treinta averiados.

La otra victoria fué la expugnación del último y más poderoso baluarte sudista, la ciudad de Mobila, situada al fondo de una vasta bahía, defendida por el poderoso fuerte Morgan y por una flota formada por el monitor acorazado «Tennessee» y varias cañoneras blindadas. Ferragut contaba con 18 buques, cuatro de ellos blindados, armados con 178 cañones y 2.800 hombres. El 4 de Agosto de 1864 abrió fuego contra el fuerte, defendido por una red de minas, que alcanzó y hundió un monitor que iba delante, produciendo este hecho una crisis en las tripulaciones, que Ferragut salvó, con valor temerario, poniéndose a la cabeza de su Escuadra y avanzando impetuosamente, rozando la red de minas, seguido de todos sus buques, para encontrarse con el «Tennessee» que, heroicamente, fiado en la protección de su coraza y en la agilidad de movimientos, presentó batalla y luchó hasta el sacrificio. Entonces Ferragut atacó a los fuertes, que tuvieron que capitular el 9 de agosto. Según un historiador esta victoria llenó de gloria a los vencedores y vencidos por el valor que ambos derrocharon.

Lincoln la calificó de «realidad brillante», y las Cámaras crearon por unanimidad el grado de Almirante para recompensar los méritos de Ferragut, de la misma manera que el 29 de febrero de aquel año habían restablecido el de Teniente General para premiar los del General Grant, artífice de las victorias del Ejército de Tierra.

Pocos meses después el 9 de abril de 1865 el Caudillo sudista Lee se rindió, con todo su ejército, al General Grant; seguidamente hizo lo propio el General confederado Johnston al General Sherman, y en mayo capituló el ejército de Smith, terminando las hostilidades.

La Unión había salido incólume de la dura prueba de la guerra civil, haciendo posible el posterior engrandecimiento de una nación, que hoy es la más poderosa del mundo.

Al comenzar la lucha hubo país que dudó de su resultado y hasta estuvo inclinado a reconocer a los dos bandos como beligerantes. Por eso era conveniente que el pabellón constelado de la Unión, rematando el mástil de un buque de guerra, paseara los puertos del viejo Continente para que, al recibir los honores de ordenanza, se pudiera comprobar que no faltaba ninguna de sus estrellas. Era oportuno, también, que mandase esa flota un marino cuyo nombre, aureolado por la fama, fuera conocido en el exterior como uno de los guerreros forjadores de la victoria. Y el Gobierno de Washington designó al Almirante Ferragut, que al frente de una Escuadra zarpó para Europa el año 1867.

En España despertó especial interés este viaje porque las biografías que se habían publicado en América de tan insigne Marino descubrían su origen menorquín, siendo natural que los periódicos «El Menorquín», de Mahón, y el «Ciudadelano», de Ciudadela, lo siguieran con atención, ilustrando al propio tiempo a sus lectores sobre la personalidad de Ferragut.

«El Menorquín» del 10 de octubre de 1867 decía: «En varios periódicos hallamos la siguiente para nosotros interesante noticia sobre el Almirante Ferragut: la escuadra acorazada anglo-americana, que se encuentra en la actualidad en los mares del Norte de Europa, se propone pasar el invierno en el Mediterráneo, visitando los puertos españoles y entre ellos el de Mahón, donde nació el padre del almirante de dicha Escuadra, que es el famoso marino Ferragut. Este, según dice un colega, conserva en su fisonomía los rasgos de su origen español, y enseña con complacencia unos documentos de los cuales resulta que uno de sus antepasados estuvo con el Rey D. Jaime en la conquista de las Baleares».

Visitó Londres, donde le festejaron los Lores del Almirantazgo; en Francia, comió con el Emperador Napoleón III; en Kronstadt, la Escuadra rusa salió a su encuentro y los buques y las fortalezas saludaron el pabellón norteamericano antes de que éste tuviera tiempo de hacer el saludo de costumbre; en Copenhague, fué obsequiado por el Rey con un espléndido banquete, al que también asistió el Rey de Grecia.

En «El Imparcial», de Madrid, del 1.º de Octubre de 1868 en una especie de resumen del viaje se leen los siguientes párrafos: «Terminada la guerra colosal de los cuatro años parece como si la República norteamericana hubiese querido pasear sus trofeos por toda Europa. ¿Qué ha sido el viaje del Almirante Ferragut sino un paseo bajo los arcos triunfales que las naciones europeas le han tejido de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo...? Banquetes suntuosos, recepciones solemnes, magníficos bailes, nada se ha perdonado para obsequiar al célebre Almirante de los Estados Unidos de América».

Pero Ferragut, en aquel viaje llevaba otro propósito recóndito, sentimental, aprovechando la magnífica ocasión

que le brindaba el surcar con su Escuadra las aguas del Mediterráneo. Había visitado oficialmente España al escalar en el puerto de Cartagena. Su corazón, por el que circulaba sangre menorquina, le empujaba hacia aquella isla, de la que casi un siglo antes había salido su padre, Jorge Ferragut, sin más bagaje que su juventud y su recio temperamento español, consumiendo aquélla y empleando éste en la magna obra de ayudar a los colonos norteamericanos a fundar su Patria, primero con las armas, y luego roturando y poblando campos, que al correr de los años se convertirían en florecientes ciudades.

Sin duda, en su fuero interno, deseaba ofrendar los laureles de la victoria que ceñían sus sienes, a la memoria de su padre, en el propio lugar de su nacimiento, y llevarse a su Patria la visión, el ambiente de aquella isla en que vivieron y murieron sus antepasados.

Por eso, a Mahón, fuera del objetivo oficial, le debió llevar un impulso de devoción familiar, lejos del gran aparato de las recepciones fastuosas, con asistencia de grandes personajes luciendo rutilantes uniformes. Fué a Menorca, ciertamente, para ponerse en contacto con los hombres y las cosas y revivir imaginativamente los relatos que de niño oiría en su hogar, contados por su padre, de temperamento novelesco, según frase del hijo, cual correspondía a su vida aventurera de conquistador español.

También Menorca, presa de esa mútua corriente afectiva, se preparó a recibirle con cordialidad y admiración, como a un paisano ilustre, del que se enorgullecía por sus grandes merecimientos reconocidos y proclamados unánimemente.

El 19 de diciembre de 1867 anclaron en el puerto de Mahón, procedentes de Tánger, Gibraltar y Cartagena, el «Frelie» de 5 cañones y 112 tripulantes, y la fragata «Franklin»,

de 3.173 toneladas, 48 cañones y 700 hombres, arbolando la insignia de Almirante, que fué saludada por el fuerte de Isabel II.

El Almirante fué recibido, en las visitas oficiales que hizo en tierra, con los honores de Capitán General, y le visitaron a bordo las Autoridades de la isla, el Ayuntamiento de Mahón para ofrecerle los servicios de la Municipalidad, y el de Ciudadela, para invitarle a visitar la ciudad, «cuna de su padre», porque sus «habitantes deseaban demostrarle la gran satisfacción de tener siquiera un día a tan famoso descendiente de la patria».

A la salida del Ayuntamiento atravesó a pie la plaza de la Constitución, de Mahón, donde le aguardaba un numeroso público, que formó calle para «ver y saludar cariñosamente al hijo de un menorquín» que se había hecho famoso.

El 26 de diciembre se trasladó a Ciudadela, de donde salieron a esperarle según noticia que encontramos en la obra «Alcaldes de Ciudadela», de Cavaller Píris, las Autoridades y personas distinguidas, ocupando doce coches, que se detuvieron en el predio Ses Tavernes, propiedad del Marqués de Albranca, donde le recibieron.

Se hospedó en casa de D. Gabriel de Squella, donde vivía doña Francisca Martorell, sobrina-nieta de la madrina de bautismo del padre del Almirante. Visitó la Catedral, fué obsequiado con un concierto, regalándole el Ayuntamiento una maqueta de la ciudad con sus cuatro baluartes, y con una columna en medio de la plaza rematada por un genio con la trompeta de la fama, y le mostraron la partida de nacimiento de su padre.

El municipio celebró sesión extraordinaria adoptando el siguiente acuerdo:

«En la ciudad de Ciudadela de la isla de Menorca, provincia de las Baleares, a los 27 días del mes de diciembre de

1867, reunidos todos los señores que componen este Ayuntamiento, que al margen se expresan, en el Salón de la Casa Consistorial, bajo la presidencia de D. Tomás José Salort y Salort, Alcalde, al objeto de pasar a felicitar al Sr. Almirante de los Estados Unidos de América David G. Ferragut por su llegada a esta ciudad, de la que era natural su señor padre, y deseando con tal motivo la municipalidad darle una prueba inequívoca de su distinguido aprecio, admiración y respeto por su comportamiento y heroicidad en la guerra que los Estados del Norte sostuvieron contra los del Sur de América, en la que el repetido Almirante David G. Ferragut mandaba la Escuadra de operaciones del Misisipí, acordó el Ayuntamiento declararlo hijo de esta ciudad y tenerle y respetarle como tal en todos sus efectos, tiempos y circunstancias, patentizando así el entusiasmo que le produce ver en su seno, del que descende, a tan bravo marino, a cuyas glorias rinde el debido culto y admiración; acordando igualmente que el Sr. Presidente le entregue una copia literal de la presente acta, que firmaron los expresados concejales.»

Por su parte, el historiador Oleo Quadrado le dedicó el trabajo «El apellido Ferragut en la isla de Menorca y en los Estados Unidos», con una magnífica portada y ricamente encuadernado, del que acusó recibo el Almirante, en carta que poseen los nietos del Sr. Oleo Quadrado, diciendo: «Muy Sr. mío: Tengo el honor de acusar recibo de su historial cronológico de mi familia, recopilado por Vd. en su trabajo de investigación. Hasta que pueda juzgarlo con detenimiento, parece muy correcto, pero podría aparecer algún error, y por eso aprovecharé la más pronta oportunidad que tenga para indicar a Vd. en que consiste».

A su regreso a Mahón asistió a un baile dado en su honor el 31 de diciembre en el Casino Mahonés, correspondiendo con otro celebrado en la fragata «Franklin» el 3 de

enero de 1868, abandonando el puerto el 5 de dicho mes, después de una permanencia de 18 días.

Con su viaje triunfal por Europa el Almirante Ferragut había terminado su brillante misión en el mundo. Al regresar a su país, con la salud quebrantada, se retiró del servicio activo falleciendo poco tiempo después, el 14 de Agosto de 1870, en Portsmouth.

La triste noticia la publicaron los periódicos españoles en la siguiente forma: «La muerte del Almirante Ferragut ha llevado el luto a una nación que le miraba como uno de sus hijos predilectos. El nombre de Ferragut pertenece a la Historia, donde tiene asiento al lado de los Héroes. Setenta años tenía al separarse el alma de su cuerpo, y de esos ha consagrado sesenta al servicio de su Patria. Sus ascendientes eran de Ciudadela de Menorca y su padre peleó aquí en la guerra de Independencia; de modo que el héroe más grande que ha tenido la Marina de los Estados Unidos llevaba en sus venas sangre española».

Y en cuanto a su entierro lo relataba así el «Diario de Barcelona» en su número del 23 de octubre de 1870: «El viernes último, a pesar del tiempo tempestuoso que reinaba, se llevó a cabo el programa previamente anunciado para honrar la memoria del difunto Almirante Ferragut, una de las glorias de la nación americana, y dispuesto por la Municipalidad de la ciudad de Nueva York. Los restos mortales del ilustre marino fueron desembarcados al pie de la calle Canal, habiendo llegado a este puerto en el vapor de línea «Fall River», por haber encallado el buque de guerra «Greviere» que los conducía. El cadáver fué llevado procesionalmente por Broadway y la 5.^a Avenida hasta la estación del ferrocarril de Harlem. Gran número de casas y establecimientos tenían sus fachadas adornadas con colgaduras y emblemas alegóricos, y el féretro iba seguido por un sinnúmero de Autoridades civiles y militares, y multitud de per-

sonas, corporaciones, y sociedades distinguidas, deseosas de pagar el último tributo de respeto al ilustre finado. Figuraban entre las primeras el Presidente Grant, Ministros, etc.

Ferragut fué, ciertamente, la figura representativa del período heroico que vivió su patria, poseedor de las sobresalientes cualidades precisas para cumplir su misión: alta virtud castrense, fervoroso patriotismo, acrisolada lealtad, abnegación, espíritu religioso, talento y fe inquebrantable en la bondad de la causa que defendió.

De porte noble, sin altivez, era el prototipo del marino por su exquisita caballerosidad.

Si Washington fué el creador de la Patria norteamericana, tres grandes hombres reafirmaron en 1865 su obra, impidiendo el desmoronamiento de una gran nación, que forzosamente tenía que llegar a ser, por sus inagotables recursos, el Estado más poderoso del mundo, como lo es hoy.

Estos tres hombres se llamaron: Abraham Lincoln, del que un historiador dice: «sin malicia para nadie; con claridad para todos; con fe en el Derecho, tal como Dios nos hace ver el Derecho»; el invencible General Ulysses S. Grant, que derrotó los ejércitos Sudistas; y el glorioso Primer Almirante de la Armada norteamericana David G. Ferragut.

Andrés Revesz en su reciente y magnífica obra «Mi Virginia», feliz realización inspirada en las más notables y apasionantes historias que se han escrito de la Guerra de Sucesión, emite el certero y elogioso juicio de tan insigne Marino: «Si la Unión hubiese dispuesto por tierra de un Jefe como Ferragut, la lucha no hubiera durado ni la mitad del tiempo».

Por tanto, si los Estados Unidos están justamente orgullosos por contar entre sus héroes a tan excepcional Marino, España debe sentir a la par un legítimo envanecimiento por su gloria, porque era hijo del español Jorge Ferragut, nacido en Ciudadela de Menorca.